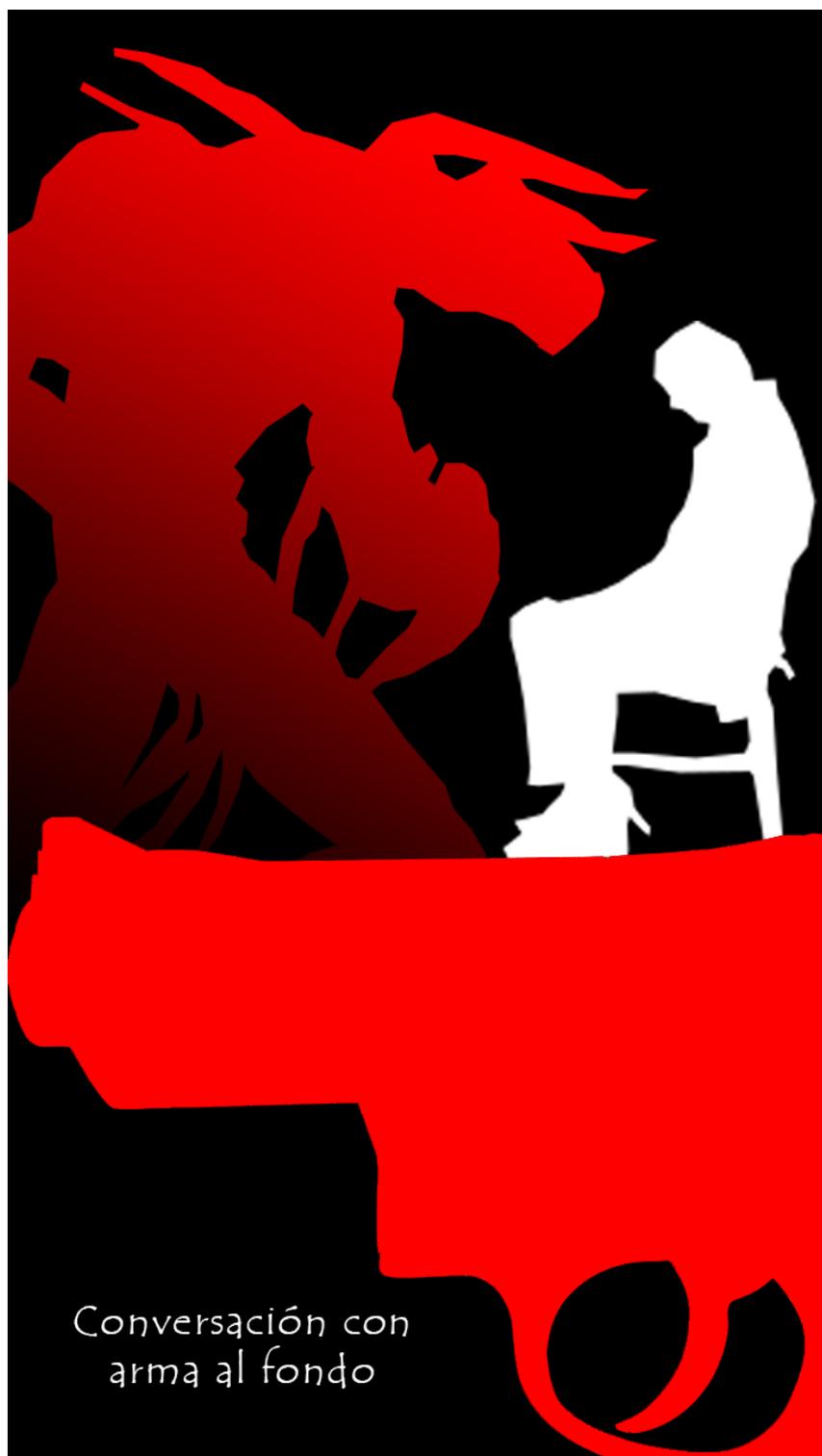


Conversación con arma al fondo

Jorge García Garrido



Capítulo 1

Tenía ganas de ver su rostro cuando le dijera que iba a morir. Pedro no podía desprenderse de esa sensación casi olvidada de ansiedad asfixiante. En su recuerdo se veía lejana la última vez que disfrutó de un «acto de limpieza», así denominaba a sus espeluznantes crímenes. Confundía varios conceptos básicos de moral y ética. Claro que su percepción del bien y del mal se entremezclaban en su mente de tal manera que una anulaba a la otra, ganando siempre la psicopatía. Sentado delante de una mesa, en la que se veía una pistola, una cartera y un abrecartas colocados en paralelo, sostenía una copa de vino tinto. En el otro lado de la mesa se encontraba un hombre de unos treinta años atado en una silla con la robustez suficiente como para disuadir al pobre diablo. Era casi imposible romperla. Debajo de los dos, cubriendo el suelo de la cocina, había un enorme plástico protegiendo todo del posible escenario. Algún mueble cercano también lo tenía recubierto. El hombre se encontraba inconsciente. Llevaba el pelo rapado dejando ver varias cicatrices antiguas fruto de una niñez muy movida. De su frente caía un hilo de sangre que llegaba a su ojo derecho desde una brecha abierta, por un fuerte golpe. El color, la textura y el sabor del caldo que estaba degustando le encantaban. Podía ser por su similitud con la sangre, aunque el resultado en el paladar era muy diferente, o simplemente porque sí. Era capaz de tolerar los demás vinos quedando como su preferido el cárdeno oscuro. Miraba la frente de su prisionero y saboreaba su bebida.

Un solo linternazo le había bastado para reducir al intruso. Ese pobre desgraciado se metió en la boca de un depredador famélico, hambriento, imparabile; no iba a dudar en apretar sus mandíbulas alrededor de su cuello. Incauto. Ajeno al peligro que corría. Probablemente alentado por el estado de abandono de su edificio, un bloque de seis pisos y tres manos en el que solamente vivían tres vecinos contando con él. Poco a poco fueron abandonando sus hogares huyendo del propio diablo. Era evidente que no se iban a producir actos de limpieza en su vecindario. Sería como delatarse tontamente. Los despreciaba por eso. Se sentía orgulloso de sus logros y sobre todo de haber salido airoso de todas las atrocidades perpetradas con "sus chicas". Se consideraba el más listo. Cómo se reía en la cara de esos malditos perros de caza cuando intentaban encontrar el arma o más bien el conjunto de herramientas que utilizaba en sus juegos. Nadie podía demostrar nada. Después de varios años sin poder satisfacer sus necesidades especiales el apetito fue desapareciendo. Se hacía viejo y el acceso a internet le saciaba prácticamente de todo. Tuvo su momento de gloria el cual condicionó su poca vida social convirtiéndolo en un ser despreciado por todos. Los medios de comunicación llevaban años sin interesarse por él. Los jueces no podían juzgarle ni arrestarle, pero sus vecinos ya tenían el veredicto. Malditos bastardos. Y ahora los robos.

Parecía que el mundo se volvía más inseguro que nunca.

Se preguntaba quién demonios era ese tipo. Le había registrado con el resultado que se veía en la mesa. Su cartera delataba su nombre, José, dirección, a sus dos preciosos hijos y poco más. Le miraba y se podía hacer una idea del perfil que tenía delante. Era un ladrón solitario; estuvo revisando el exterior del edificio y la escalera sin encontrar ninguna señal de compañía. Lo primero que había encontrado Pedro era el abrecartas de plata de su madre. Seguro que hubiera disfrutado la vieja rajándolo en canal con ese elegante instrumento. Se quitó rápidamente de su mente a su difunta progenitora y se centró de nuevo en su presa. Tenía poco apetito, pero esa inesperada visita revivió en él un sentimiento apartado durante demasiado tiempo. Claro, que le gustaban las mujeres, jamás jugaba con hombres, pero era lo que había. Tenía además la dirección de dos guapos niños para continuar con el festín. Se le ocurrían varias opciones muy jugosas y estuvo a punto de ir a buscarlos para disfrutar de la intensa relación paterna filial. La situación le excitaba demasiado y prefirió ser cauto. Tenía un fabuloso manjar delante. Ese rostro ensangrentado debía proporcionarle mucho placer.

Pedro pensaba darle un final glorioso al desgraciado que se había colado en su casa por lo que decidió hacerlo en la cocina, el marco más propicio para limpiar después los restos de sus actos. Mientras pensaba y degustaba el fabuloso tinto, le vinieron a la cabeza esas ilustraciones realistas de un alemán del siglo XIX de cuyo nombre no se acordaba, pero sí de algunas de sus obras. Situaciones cotidianas con trajes lujosos de la época. Esta sería una estampa ideal para crear un cuadro con un título parecido a *Conversación con arma al fondo*. Miraba la ropa del intruso y la suya propia y no veía grandiosidad en nada. Con el tiempo se habían perdido las formas. Siempre estuvo tentado de realizar fotografías para el recuerdo, de sus atrocidades, pero en su lógica representaban un gran peligro.

—Mmmmmmm —gimió el hombre atado a la silla. Este gesto llamó la atención de Pedro. Parecía que empezaba la acción. José movía la cabeza todavía mirando hacia abajo. En su recuerdo no aparecía el momento del golpe y por consiguiente no entendía nada de lo que pasaba. Sus ojos permanecían cerrados. Le costaba levantar la cabeza. Con esfuerzo lo consiguió e hizo el primer intento por introducir claridad en sus ojos. Demasiada luz. Una nube borrosa se fue mitigando hasta dejar ver al causante de su trastorno.

—¿Qué ostias...? —En ese momento se dio cuenta de que estaba totalmente amarrado a su silla. El instinto de llevar su mano al foco de su dolor en la frente se vio frustrado por las ataduras. Cualquier esfuerzo por alcanzar su herida era en vano y le propició una punzada dolorosa en su

cabeza. Soltó un quejido de forma inmediata. Entonces se fijó en Pedro.

—No te esfuerces. Es imposible que te desates y por mucho que grites no te escuchará nadie. —José le miraba atónito. La voz de Pedro sonaba muy nasal y se entendía con cierta dificultad—. Me gustaría decirte que la próxima vez que intentes robar te lo pensarás dos veces, pero no va a haber próxima vez.

—No, no... espera, no quería hacer daño a nadie. Es, es cuestión de vida o muerte. Si no, no haría esta mierda —replicó José intentando no reír ni sonreír.

Pedro miró el arma sobre la mesa. Nadie sale con un arma a robar sin pensar en usarla. Empezaban bien, con mentiras y esa mirada. Como un sexto sentido percibía la mofa del ladrón ante su problema nasal. Cuánto se habían reído de él, chicos, chicas, padres, madres... todo el mundo se reía a sus espaldas o en su propia cara. Reían mucho hasta que el pavor las hacía callar y entonces se reía de ellas, las torturaba, las vejaba, mutilaba, violaba... eran mujeres las que recibían toda su furia. Eran más manejables. Tenía que parar de pensar en ellas porque su pulso estaba demasiado acelerado.

—¿Pensabas utilizar este juguete? —preguntó mientras dejaba la copa y cogía la pistola.

—No. Es solo para protegerme —respondió rápidamente, pero no pudo esconder una pequeña sonrisa que se dibujó en su cara.

—¡Te parece gracioso!! —gritó Pedro mientras se levantaba y ponía el cañón de la pistola en la mandíbula del ladrón—. Nadie sale de casa con un arma sin estar dispuesto a usarla. —Estaba todavía más alterado y se le entendía muy mal. José apretaba los ojos y la boca, aterrado por el cañón de su pistola.

—Perdón, perdón —lloriqueaba José—. Solamente es para intimidar. La compré para asustar. Casi no sé utilizarla.

Pedro se separó del asustado prisionero y empezó a dar varias zancadas por la cocina.

—¡La has cagado tío, la has cagado! —Se debatía entre la mejor manera de disfrutar de su regalo. Había estado a punto de volarle la boca para borrar esa mueca de mofa—. No te puedes meter en la casa del diablo y mentirle a la cara.

—¡Oye, tranquilízate, soy un gilipollas que se ha equivocado! —El terror se mostraba claramente en los ojos de José. Veía el percal que tenía en frente y el final parecía muy trágico, sobre todo para su persona—. Mira,

déjame ir y te aseguro que no me verás el pelo en tu vida.

Pedro se paró de repente y adelantó su cabeza mirando a los ojos de su presa. Como una araña tenía su manjar paralizado, impotente. Le observaba fijamente intentando retener todos los matices de su rostro, todo rastro de desesperación ante lo que se le venía encima. Comenzó a reírse teatralmente, con una risa asmática, silenciosa.

—¿Crees que vas a escapar de aquí? —le preguntó de manera retórica rompiendo la pequeña sonrisa de confusión que se mostraba en su cara—. Estás a punto de sufrir el mayor dolor de tu vida. Estás muerto.

—¿Estás loco?

—No es aconsejable insultar a tu verdugo —dijo Pedro tras reírse espontáneamente—. Tienes suerte. No vas a ver lo que tengo preparado.

José por acto reflejo miró la cartera que había encima de la mesa. En seguida supo a qué se refería.

—¡Ni se te ocurra poner un dedo encima a mis hijos! —gritó con la cólera de un titán—. ¡No tienen nada que ver en esto maldito zumbado! —Seguía gritando a la vez que su corazón latía a un ritmo desenfrenado, bombeando toda su sangre hasta hinchar venas, arterias y músculos en un intento de generar la suficiente presión capaz de disparar sus palabras directamente a la cabeza del psicópata—. ¡Te mato, hijo de puta! ¡Suéltame! ¡Suéltame! —Se agitaba bruscamente, intentando soltar sus anclajes. Tanta rabia y desesperación surtió efecto: se soltó un brazo ante la mirada de gozo de su captor. Antes de poder quitarse la atadura del otro brazo Pedro le lanzó un potente puñetazo directo a su cara. De la fuerza del golpe la silla cayó hacia un lateral dejando a José aturdido sobre el plástico. Con gran enfado el depredador reató el brazo libre de su presa y lo puso en posición correcta. De nuevo sentado frente a la mesa.

El violento anfitrión salió de la habitación, dejando la pistola colocada en la mesa. José, recomponiéndose del puñetazo y con la mirada fija en la pistola, empezó de nuevo a moverse. Las ataduras estaban muy prietas por lo que no consiguió nada. El torturador entró de nuevo en la cocina con un estuche parecido a los que se utilizan para herramientas. Estaba enroscado y tal como estaba lo puso en la mesa. Se miraron unos segundos.

—Vale, perdona por los insultos. Creía que este edificio estaba vacío y entré para ver si había algo de valor —dijo José con voz cansada—. Déjame ir. Te aseguro que no volverás a verme.

—Este edificio es mío. Todos temen al monstruo que vive dentro. —Pedro parecía no escucharle—. Tengo que limpiar tu suciedad. —Según decía

esto extendió en la mesa sus herramientas personales. Entre varios tipos de cuchillos, tenazas y punzones había varios bisturís—. Alegre esa cara, hombre, te aseguro que no volveré a verte ni volverás a verme después de esto.

—¿Se te va la olla? ¿Quién cojones eres? —preguntó José muy sorprendido por el juego de utensilios macabros—. No puedes hacerme esto... estoy en paro por la puta crisis. Estoy desesperado.

—Sí, es verdad, la culpa la tiene el gobierno. —Esta vez el que se mofaba era Pedro. Cuando torturaba, violaba, mutilaba y finalmente desmembraba esos jugosos cuerpos de jovencitas con un futuro tan prometedor, no sentía ni el más mínimo remordimiento como para detener sus actos con alguien que había profanado su hogar—. Nos obliga hacer muchas barbaridades.

José miraba nervioso las herramientas y su pistola. Pedro se levantó, le cogió dos dedos de la mano derecha y se los rompió. El inmovilizado ladrón se retorció de dolor entre gritos e insultos. Su torturador le dio otro puñetazo y le rompió otros dos dedos de la mano izquierda. El dolor era insoportable.

—¿Ya se te han quitado las ganas de coger tu pistola? —Se lo preguntaba cerca del oído con una expresión de placer enfermizo que asustaría al mismísimo Mason—. ¿Ves lo que me obligas hacer?

Entre colapsos y espasmos producidos por el mal que estaba sufriendo, José le lanzó un cabezazo que sorprendió al psicópata encendiendo todavía más su ira. Cogió las tenazas y le arrancó el lóbulo de la oreja izquierda. Acto seguido mediante un certero corte separó la oreja de José con uno de los bisturís. El éxtasis en el que se encontraba envuelto el depredador le provocaba risas cortas e hiperventilación. Acabó su momento clavando el bisturí en el hombro del malogrado intruso. Se apartó para ver el estado de su obra cuando descubrió que los gritos de pavor que emitía su juguete se convertían en una risa incontrolada.

—¿De qué te ríes, maldito bastardo? —Algo no estaba bien. Debería estar sufriendo, incluso desmayado del dolor—. ¿Te gusta lo que estoy haciendo, lo que voy a hacer a tus hijos? —Esta vez le agarraba de la única oreja que le quedaba, pero el mal nacido seguía riéndose. Pedro se separó algo confundido.

—Yo no tengo hijos —dijo con esfuerzos el ladrón—. No tengo nada. —Tras decir esto se puso a reír con esfuerzo—. ¡Tú me lo arrebataste todo, gilipollas! —Este reproche provocó un acto reflejo en el torturador y cogió un punzón, el cual lo clavó en la tripa de José.

—Te creías muy listo y no eres más que un puto psicópata —consiguió decir después de reponerse del ataque y de su risa nerviosa—. Acabas de delatarte, bastardo.

Pedro no entendía nada, mejor dicho, no podía creer lo que le decía su víctima. Nadie había podido encontrar ninguna prueba contra él. Ese maldito desconocido parecía seguro de sus palabras. Le miró serio y algo aturdido.

—Eva Matís —dijo mostrando una sonrisa entre rastros de sangre marcados en su rostro. Todo el esfuerzo estaba dando sus frutos.

El nombre de la preciosa niña retumbó en la cabeza de su asesino. Cuánto había disfrutado con ella. Ya hacía más de diez años de aquel acto. La pequeña no tenía padres, vivía con su hermano mayor. De repente la revelación invadió todo su cuerpo: estaba delante del hermano de Eva, pero llevaba barba en aquella época, rizos y gafas. «*Puto hipster*» le venía a su cabeza. Realmente no era común esa tendencia en aquella época. José debió ser un pionero. Ahí estaba delante de él sufriendo como un cerdo en San Martín. Tenía sus huellas y las de sus herramientas por todo el cuerpo. Parecía una encerrona.

—Soy la prueba de quién eres y esta vez no te vas a librar —le decía mientras reía de puro subidón de adrenalina—. No puedes hacer nada. Esta vez estás con las manos en la masa.

Pedro se agarraba la cabeza nervioso. Tenía que pensar algo rápido. Quizás si cambiaba el método despistaría a esos malditos perros de caza. En realidad, estaba jugando con un hombre, eso ya era un gran cambio, pero tenía las mismas marcas que sus niñas. Lo relacionarían enseguida, pero si muriera de otra manera a lo mejor... Pedro cogió el arma y disparó dos veces contra José. Este no dejaba de reír. Por donde debería brotar la sangre a borbotones no había nada, ni siquiera los agujeros de las balas.

—Esa es la señal —decía mientras reía y caía aturdido por la tortura. El plan estaba saliendo perfectamente. Las balas de fogueo eran el truco final. Se merecía un descanso, doblarse al cansancio de sus heridas. Quedó inconsciente.

Unos fuertes golpes sonaban en la puerta.

—¡Abra! ¡Policía! ¡Abra! —gritaba alguien desde el exterior.

Ajeno al ruido de la puerta cuando ésta era derribada, el gran depredador observaba la chapuza en la que se había envuelto y el fin de su reinado. Jamás olvidaría el rostro de satisfacción del hombre que le llevó a la ruina.

Una copa vacía lo acompañaba mientras llegaban sus captores.

Fin